

*Un día, estaba Jesús enseñando, y estaban sentados unos fariseos y maestros de la ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. Y el poder del Señor estaba con él para realizar curaciones. En esto, llegaron unos hombres que traían en una camilla a un hombre paralítico y trataban de introducirlo y colocarlo delante de él. No encontrando por donde introducirlo a causa del gentío, subieron a la azotea, lo descolgaron con la camilla a través de las tejas, y lo pusieron en medio, delante de Jesús. Él, viendo la fe de ellos, dijo: «Hombre, tus pecados están perdonados». Entonces se pusieron a pensar los escribas y los fariseos: «¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?». Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, respondió y les dijo: «¿Qué estáis pensando en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—: “A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa”». Y, al punto, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla donde había estado tendido y se marchó a su casa dando gloria a Dios. El asombro se apoderó de todos y daban gloria a Dios. Y, llenos de temor, decían: «Hoy hemos visto maravillas».*

Este pasaje nos presenta un poderoso testimonio de fe, sanidad y perdón.

Imaginemos la escena: Jesús enseñaba a una multitud en una casa, y alrededor de Él se encontraban fariseos y maestros de la ley, observándolo todo con ojos críticos. En ese momento, cuatro hombres llegaron llevando a un paralítico en una camilla, buscando desesperadamente la intervención divina.

¿Qué lecciones podemos extraer de esta historia? En primer lugar, destaca la determinación de esos cuatro amigos. A pesar de los obstáculos, no permitieron que nada los detuviera en su búsqueda de Jesús. Esta es una invitación para nosotros a ser persistentes en nuestra búsqueda de Cristo, sabiendo que Él siempre está dispuesto a escuchar nuestras súplicas.

Cuando Jesús vio la fe de estos hombres, hizo algo extraordinario: primero, perdonó los pecados del paralítico. Este acto provocó murmullos entre los presentes, cuestionando la autoridad de Jesús para perdonar. Pero Jesús, en su sabiduría divina, les mostró que el poder de perdonar y sanar está en sus manos.

Esta historia nos desafía a considerar nuestras propias limitaciones y a reconocer que solo Jesús tiene el poder de restaurar y perdonar. Al sanar al paralítico, Jesús no solo restauró su salud física, sino que también le ofreció una nueva vida espiritual al perdonar sus pecados.

Estamos invitados a ser como esos cuatro amigos que, con valentía y fe, buscaron a Jesús. Que nuestras vidas estén marcadas por la persistencia en la fe y la confianza en el poder redentor de nuestro Señor. Pidamos a la Virgen aprender a mirar más allá de las apariencias y a reconocer que en Jesús encontramos la verdadera salud y el perdón que anhelamos.